

La herejía de los albigenses procedía del maniqueísmo, y hemos relatado ya sus caracteres esenciales (1). Admitía dos morales: una para los escogidos y otra para la masa de los simples creyentes. ¿Cómo pudo esta religión de origen asiático hacer tales adeptos en la patria de los trovadores y del amor libre? ¿Cómo pudo hacer vivir los santos, los inspirados, los mártires que desafiaron á la Inquisición? No es fácil de explicar el fenómeno. Los herejes propiamente dichos, que practicaban las observancias del catarismo, encontraron apoyo en la masa de los católicos tibios ó medio corrompidos. El conjunto formaba entre la población del Mediodía una minoría imponente y temible por el rango y la influencia de los nobles que la dirigían. Ya, en 1178, Luis VII y Enrique II estuvieron á punto de iniciar la cruzada de los albigenses. El rey de Francia y el rey de Inglaterra concertaron una expedición al Langüedoc; pero se desengañaron, no se sabe por qué, y se contentaron con medidas de eficacia escasa. Los eclesiásticos y los predicadores, dirigidos por el legado Pedro de Pavía, el abad de Claraval, Enrique, los arzobispos de Bourges y de Narbona, los obispos de Bath y de Poitiers, escoltados por gente de guerra que debían dirigir el conde de Tolosa, el vizconde de Turena y el señor Raimundo de Castelnaud, recibieron la misión de presentarse en los países contaminados para predicar y convertir, ó para buscar á los propagadores de la herejía y condenarlos.

En el mes de agosto de 1178 llegan á Tolosa, donde los herejes, dueños de la ciudad, ponían á los católicos en la necesidad de ocultar su fe. Son mal acogidos, se les señala con el dedo y se les injuria por las calles. Pero el legado ordena al abad de Claraval que comience sus predicaciones sobre aquella turba hostil. Exige que el clero y la nobleza de Tolosa denuncie á los herejes comprobados y aun á los sospechosos. A la cabeza de la lista, engrosada cada día por delaciones anónimas, figuraba uno de los más ricos habitantes de la ciudad, un anciano, Pedro Morán, de sobrenombre Juan Evangelista, por ser uno de los apóstoles de la doctrina nueva. El legado lo escoge para hacerlo servir de ejemplo. Citado ante el tribunal de la misión, Pedro Morán jura en primer lugar que no es hereje; luego, por las torpes explicaciones que produce, deja comprender que rechaza el dogma de la *presencia real*. Al instante es declarado culpable de herejía y entregado al brazo secular: es decir, al conde de Tolosa.

El acusado se resigna á una abjuración pública en la basílica de San Saturnino. En el día fijado, se ve invadida la iglesia por la muchedumbre: el legado obtiene apenas el espacio de algunos pies cuadrados para rezar la misa. Pedro Morán aparece descalzo de pies, descubierto de espalda, y avanza hacia el altar. El obispo de Tolosa y el abad de San Saturnino lo disciplinan; Pedro se prosterna á los pies del altar, abjura su error y por sí mismo anatematiza á los herejes: se le reconcilia con la Iglesia, pero se le imponen duras condiciones: todos los bienes confiscados: obligación de abandonar el país en el espacio de cuarenta días y de ir á servir á los pobres en Jerusalén durante tres años. En espera de su partida hará todos los domingos visita á las iglesias con los pies

(1) *Historia de Francia*, tomo II, segunda parte, página 196.

descalzos y disciplinándose á sí mismo. Restituirá los bienes tomados al clero ó adquiridos por la usura, y demolerá uno de sus castillos donde los herejes solían reunirse. Parece que la penitencia obtuvo cumplimiento escrupuloso. Pedro Morán regresó á Tolosa tres años después, volviendo á entrar en posesión de su fortuna y llegando á ejercer cargos públicos. Al decir de los misioneros, otros notables herejes acudieron á denunciarse por sí mismos al legado y obtuvieron en secreto el favor de la reconciliación.

Después de logrado este éxito, el abad de Claraval se traslada á la región de Albi y Carcasona, donde la herejía estaba abiertamente protegida por Roger II Trencavel, vizconde de Beziers, que había encarcelado al obispo de Albi y lo hacía vigilar por sectarios fieles. El abad de Claraval exige la libertad del prisionero y predica contra la herejía. El vizconde se había retirado prudentemente á los últimos límites de su feudo; su mujer, sus hijos y sus caballeros habían permanecido en el castillo de Castres. El abad de Claraval penetra en él, declara á Roger Trencavel traidor, herético y perjuro y le excomulga finalmente.

Este atrevimiento determina la sumisión de dos herejes de importancia: Raimundo de Bauniac y Bernardo Raymond. Quéjense al legado de haber sido expulsados injustamente por el conde de Tolosa y piden un salvoconducto para acudir á justificarse. Los misioneros les hacen comparecer en Tolosa en la iglesia de San Esteban, donde pronuncian una larga profesión de fe. Declaran no creer en la existencia de un doble principio, representando el bien y el mal, sino en un Dios único, creador de lo visible y de lo invisible. Reconocen que todo sacerdote, aun adúltero y criminal, tiene el poder de consagrar la Hostia, verificando la transubstanciación; que los niños se purifican por medio del bautismo y que toda otra imposición de manos es herética; que el matrimonio no es un obstáculo para la salvación; que los arzobispos, obispos, monjes, canónigos, eremitas, templarios y hermanos de San Juan de Jerusalén serán salvos; que es necesario visitar las iglesias, venerar los santos, respetar los ministros de la religión y pagarles el diezmo. Credo de rigurosa ortodoxia que de paso nos hace conocer indirectamente la doctrina misma de los albigenses.

Raimundo de Bauniac y Bernardo Raymond son conducidos inmediatamente á la iglesia de San Jaime, muy capaz, y colmada á la sazón de considerable muchedumbre; vuelven á leer su profesión de fe. «¿Creéis de corazón, les dice el legado, lo que vuestra boca acaba de afirmar?—Jamás hemos predicado otra doctrina,» responden ellos; pero el conde de Tolosa y otros fieles, clérigos ó laicos, se levantan afirmando que han mentado: hablan testigos que manifiestan haberles oído predicar contra la fe. Obligados á confirmar lo que habían dicho por juramento, los dos hombres se niegan: esto sólo era una muestra de catarismo. El legado y los obispos renuevan entonces, al resplandor de los cirios, la excomunión y la pena de destierro con que ya les habían herido de antemano.

Sin embargo, los resultados de la misión de Pedro de Pavía fueron casi nulos (2). El papa se vió obli-

(2) *Parvum profecerunt*, dice el cronista Roberto de Torigni, el abad del Mont-Saint-Michel, bien informado siempre.

gado, dos años después, á enviar al Langüedoc una nueva misión, dirigida por el propio abad de Claraval, Enrique, convertido en cardenal legado. La herejía se conquistaba poco á poco toda la nobleza. Si los altos barones no se atrevían á declararse, dejaban en cambio que se adhirieran á la secta sus mujeres y sus hijos, protegían á sus ministros y hacían ostentación de su desprecio por el culto católico y por sus representantes.

El conde de Foix, Raimundo Roger, vivía rodeado de herejes. Su mujer había aceptado la religión valdense. De sus dos hermanas, una era valdense y la otra albigense. Un día se instala el conde con sus aventureros, sus bufones y sus cortesanos, en el monasterio de San Antonino de Pamiers. Encierra al abad y los canónigos en la iglesia, hace pillaje en las provisiones del convento y duerme con su séquito en las camas de la enfermería. Al cabo de tres días arroja casi desnudos á los religiosos, prohibiendo á los habitantes de Pamiers que les acojan. Luego destruye el dormitorio y el refectorio, empleando los materiales para reforzar las fortificaciones de su castillo.

Delante de una procesión que pasa con reliquias, permanece á caballo, manteniendo erguida la cabeza. En la iglesia de Urgel «arrebato, dice el cronista, todos los hábitos, cruces y vasos consagrados; rompió las campanas y no dejó en pie más que las murallas.» Los canónigos debieron pagarle un diezmo; permitió á sus aventureros «arrancar de cuajo las piernas y los brazos de un crucifijo, fabricándose con ellos manos de mortero con que reducir á polvo la pimienta y las especias que ponían en sus salsas como adobo.» En otra iglesia su escudero se divirtió, en presencia suya, colocando su casco sobre la cabeza del Cristo, colgándole el escudo y calzándole las espuelas; entonces, tomando su lanza, cargó sobre la santa imagen y la acribilló á golpes, gritando: «¡Defiéndete!»

Otros grandes señores, el vizconde de Beziers y de Carcasona (que también se llamaba Raimundo Roger), el conde Bernardo de Cominges, el vizconde Gastón VII de Bearn, se comportaban al igual del conde de Foix.

El conde de Tolosa, Raimundo VI, que sucedió en 1194 á Raimundo V, fué el protector de los herejes, á quienes su padre había perseguido. Si hemos de creer á los cronistas católicos, despojaba las iglesias y destruía los monasterios. El abad de Grandselve, Arnaldo Amalric, le denuncia un hereje de Tolosa, culpable de haber profanado un altar y blasfemado en público; Raimundo le responde que «para tuertos de ese género jamás movería guerra á un compatriota.» Permitía á los predicadores albigenses predicar, por la noche, en su palacio. Hacía educar á su hijo en Tolosa, dentro de la nueva religión, y dispensaba favores á los albigenses. Se afirma igualmente que había llegado á abrazar la herejía y que se hacía acompañar en sus expediciones militares por obispos albigenses, ocultos bajo vestimenta laica, con objeto de poder recibir, en caso de herida mortal, su imposición de manos. Y sin embargo, está fuera de dudas que este propio Raimundo VI colmaba de innumerables beneficios las congregaciones religiosas. Era principalmente protector de los hospitalarios de San Juan de Jerusalén, y aun se afilió á su orden en 1218, «declarando que si por ventura entrase alguna vez en religión profesa, no vestiría otro hábito que el de ellos.»

Testimonios auténticos manifiestan que había hecho de su hija Raimunda una religiosa del convento de Lespignasse, y que, aun excomulgado, permanecía á la puerta de las iglesias para asistir, de lejos por lo menos, á las ceremonias religiosas. Cuando se encontraba en su camino con un sacerdote que llevaba el Viático á un enfermo, descendía de su caballo, adoraba la Hostia y seguía al sacerdote. Cuando los primeros franciscanos se establecieron en Tolosa, les reunió un día de Jueves Santo en la casa de uno de sus amigos, les sirvió á la mesa por sus propias manos y llevó su humildad hasta lavarles y besarles los pies.

En realidad, este gran señor, inteligente y letrado, fué un personaje sobrado triste, que reunió todos los vicios de la nobleza de su tiempo. Su corte estaba llena de



Sello del conde de Foix

sus concubinas y de sus bastardos. Como muchos meridionales, era indiferente en materias religiosas y, por lo mismo, tolerante. Es posible que, según las circunstancias y sus propios intereses, se inclinara hacia la doctrina de los albigenses y alentara á sus ministros, sin apartarse públicamente de la religión paternal, que practicaba, conformándose así con el modo de obrar de todos los altos barones.

Inocencio III intentó al principio convertir á los herejes por la persuasión. En el clero del Mediodía hombres como Acevedo, obispo de Osma, y el canónigo Domingo, fundador de la orden de hermanos predicadores, reconocen que la corrupción de curas y prelados era una de las causas principales de la herejía. Quisieron volver á la simplicidad de la Iglesia primitiva, y van por el Langüedoc, con los pies descalzos y mendigando su pan, para predicar y discutir con los enemigos de la fe. Pero otros, el abad de Cister Arnaldo Amalric, el trovador convertido Folquet de Marsella, el archidiácono de Maguelonne Pedro de Castelnaud, reclamaban el exterminio de los albigenses. Y ellos fueron quienes decidieron finalmente al papa á emplear los medios de violencia.

La primera idea de Inocencio III fué dirigirse al rey de Francia. La cruzada, si la hubiera dirigido Felipe Augusto, habría sido un acto regular, cumplido de acuerdo por el papa y por la suprema autoridad laica del país. Pero rogado por Inocencio en 1204, en 1206 y en 1207, con instancias cada vez más vivas, el rey de Fran-

cia no quiso escucharle. Ya veremos que profesaba con respecto á los herejes los sentimientos de sus contemporáneos, y no vaciló, cuando la ocasión fué oportuna, en carbonizarles; pero tenía, cuando los ruegos del papa, negocios importantes de su interés entre las manos. Realizaba entonces la expropiación de Juan *Sin Tierra*. «Me es imposible, respondió á Juan *Sin Tierra*, levantar y sostener dos ejércitos: uno para protegerme del rey de Inglaterra y el otro para marchar contra los albigenses. Que el señor papa encuentre dinero y soldados y, sobre todo, que obligue á los ingleses á permanecer tranquilos, y entonces se verá.»

Por entonces los acontecimientos tomaban un sesgo grave en el Mediodía. Folquet de Marsella, el enemigo implacable de los herejes, era promovido á la sede episcopal de Tolosa (febrero de 1206). En 1207, por dos veces, el legado de Inocencio, Pedro de Castelnau, excomulgó á Raimundo VI; y he aquí que el 12 de enero de 1208 un escudero del conde, fanatizado, asesina al legado de un bote de lanza en una hostería de las orillas del Ródano. «Antes de morir, dice el autor de la *Chanson de la Croissade*, Pedro, elevando sus ojos al cielo, ruega á Dios, en presencia de todo el pueblo, que perdone su pecado á ese servidor felón. Cuando hubo comulgado, cerca del canto del gallo, murió al nacer el alba. El alma ha volado al Padre Todopoderoso. En Saint Gilles se le entierra con buen golpe de cirios encendidos y con muchos *Kyries* que cantan los sacerdotes. Cuando el papa supo que su legado había sido muerto, sabed que la noticia le causó gran pena. De la angustia que le cogió, se llevó la mano á las mandíbulas, invocando á Santiago de Compostela y á San Pedro de Roma. Cuando terminó su oración, apagó los cirios. Allí estaban el hermano Arnaldo, el abad del Cister, que habla en latín, y los doce cardenales á la redonda. Allí se tomó la resolución que ha hecho perecer con el vientre perforado á tantos hombres, y en virtud de la cual más de una dama ha sido despojada de su manto ó de sus faldas.»

Este acto inaudito, el asesinato de un enviado de la Santa Sede, decidió de la suerte de los albigenses.

El conde de Tolosa no tuvo complicidad en el crimen; nada puede probarlo; pero se encontró en la misma situación que el rey de Inglaterra Enrique II cuando la muerte de Tomás Becket. Sin afirmar explícitamente su culpabilidad, Inocencio III la presume, según se desprende de las cartas que escribe después del atentado á los obispos, á los barones del reino y al mismo Felipe Augusto: «Aun cuando el conde de Tolosa esté ya excomulgado de antemano por multitud de crímenes enormes, algunos indicios hacen pensar, no obstante, que es culpable de la muerte de ese santo varón: públicamente había amenazado con hacerle morir; le había preparado emboscadas, y finalmente admitía en su intimidad, como se asegura, y hacía grandes presentes á los asesinos. Por estas razones Nos venimos en excomulgarle, y como los Santos Cánones no exigen que se guarde la fe á aquellos que se la niegan á Dios, después de haberle separado de la comunión de los fieles, hacemos libres de su juramento por nuestra autoridad apostólica á todos aquellos que le han prometido feudo, sociedad ó alianza. Todos los católicos, salvo el derecho del Señor principal, tienen permiso, no

solamente de perseguir su persona, sino aun de ocupar y conservar sus dominios.»

Graves palabras en que se encontraban legitimados en germen, de antemano, todos los hechos que van á sucederse. La respuesta de Felipe Augusto es curiosa y digna de su genio político. Expresa brevemente su sentimiento por la muerte de Pedro de Castelnau, «un hombre de bien,» y su indignación contra el conde de Tolosa, «un mal vasallo;» pero se comprende que lo que más le conmueve es la resolución que toma el papa de disponer de los feudos de Raimundo VI excomulgado. «Condenadle como hereje, y solamente entonces tendréis derecho de publicar la sentencia y de invitarme, á mí, el soberano del conde, á confiscar legalmente el dominio de mi feudatario. Todavía no nos habéis participado que tuvierais al conde por convencido de herejía.» Felipe rechazaba la responsabilidad y la carga de la guerra del Langüedoc; pero no quería que otro sino él entrara en posesión de los bienes de su vasallo.

Era difícil de convencer á Raimundo VI del crimen de herejía. Ya hemos dicho que, como otros grandes señores del Mediodía, favorecía á los herejes, sin repudiar abiertamente la antigua religión. Cuando vio á la nobleza católica en disposición de obedecer al papa, trató de evitar el riesgo por medio de una profesión de la más pura ortodoxia y una sumisión completa á las exigencias de Inocencio. En Valence y después en Saint-Gilles aceptó en presencia del legado, con toda humildad, las más duras condiciones: remitir siete de sus castillos entre las manos de la Iglesia romana; reconocer á la Santa Sede la propiedad del condado de Melgueil y comprometerse personalmente á expulsar á los herejes y á tomar parte en la expedición dirigida contra sus propios súbditos. El 18 de junio de 1209 tuvo lugar la solemne penitencia. El soberano del Langüedoc, desnudo hasta la cintura y con una estola al cuello, se colocó á la entrada de la iglesia de Saint-Gilles. El legado Milón, tomando la punta de la estola y tirando con ella del penitente, le introdujo en la nave de la iglesia, golpeándole con un manojo de varillas. Luego le dió la absolución.

Pero el feudalismo del Norte y del centro había terminado sus preparativos: la guerra santa comenzó (julio de 1209).

III.—La guerra santa. Simón de Montfort y la conquista del Langüedoc (1)

Un ejército de cincuenta mil hombres, reunido en Lyon bajo las órdenes del legado Arnaldo Amalric, descendió el Ródano. Veíanse allí los arzobispos de Reims, de Sens, de Ruán; los obispos de Autún, de Clermont, de Nevers, de Bayeux, de Lisieux y de Chartres; el duque de Borgoña, el conde de Nevers y de Saint-Pol, el caballero Guillermo des Barres y el conde de Leicester, Simón de Montfort. Este último, católico más

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Además de las muchas citadas en el párrafo anterior, Dom Vaissète, *Histoire du Langüedoc*, edición Privat, tomo VI y las notas de M. A. Molinier. Douais, *La soumission de la vicomté de Carcassonne par Simon de Montfort et la croisade contre Raimond VI*, 1884. Marcel Dieulafoy, *La bataille de Muret*, en las «Mémoires de l'Académie des Inscriptions,» tomo XXXVI, segunda parte.

apasionado que los obispos, era uno de aquellos que, cuando la tercera cruzada, abandonaron el ejército cristiano y se negaron á marchar sobre Constantinopla, para no contradecir con ello la voluntad del papa. A falta del rey de Francia, el mando supremo había sido conferido al legado del papa.

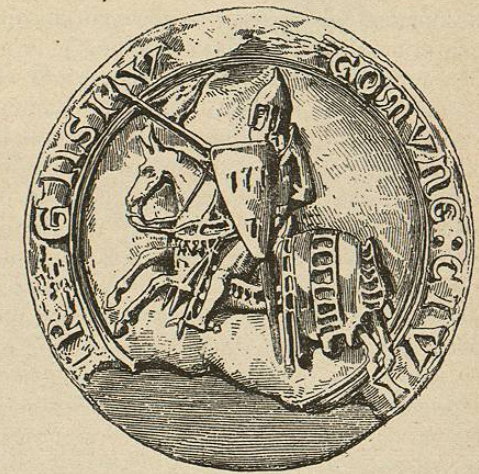
El 21 de julio los cruzados llegaban á vista de Beziérs, la villa del vizconde Raimundo Roger, uno de los causantes de la herejía. Allí tuvo lugar la unión del gran ejército con un segundo cuerpo de invasores, que venía del lado de Agen bajo las órdenes del arzobispo de Burdeos, y con las tropas reunidas en Auvernia por el obispo de Pui. Como el conde de Tolosa, el vizconde protesta de su ortodoxia, y echando sobre sus oficiales la responsabilidad de los favores otorgados á los herejes, se excusa delante del legado. Pero el abad del Cister no quiere escucharle y el sitio comienza. Se trata de dar, en la primera parte de la expedición, un ejemplo terrible. La ciudad fué tomada, y mil personas, mujeres, niños y ancianos, fueron sacrificados sólo en la iglesia de la Magdalena, donde el temor les había congregado. La mayor parte de los hombres válidos fueron exterminados: la ciudad saqueada por la gentuza del ejército los *ribauds*, tan cebados con el botín, que los caballeros, indignados de que no les dejaran parte, se vieron obligados á arrojarles fuera á botes de maza, como si fueran perros. Los apaleados, para vengarse, incendian la ciudad, que ardió completamente «á lo largo y á lo ancho.» Tal fué la primera acción de los cruzados (1). Cada paso adelante del ejército invasor fué señalado por medio de una carnicería: cuando podían sentar la mano sobre los albigenses, que según su jerarquía, se daban el nombre de «perfectos,» la alegría era inexplicable; los relatos de ejecuciones salvajes abundan en la *Chanson de la Croissade* y la *Crónica* de Pedro de Vaux-Cernai.

Después de la toma del castillo de Lavaur (mayo de 1211), «el señor Amalric de Montréal y ochenta caballeros fueron colgados de la horca; pero las fustas patibularias, que estaban inseguras, caen; Simón de Montfort, deseoso de terminar, ordena que los que no puedan ser colgados sean simplemente degollados; los peregrinos les arrebatan, y en un abrir y cerrar de ojos les mutilan allí mismo.» Giraude, dama de Lavaur, muy caritativa y de edad avanzada, fué arrojada al pozo, que se cegó después. «Dama Giraude, dice el poeta Guillermo de Tudela, fué prendida; grita, llora y vocea; la arrojaron de través en un pozo—no tenéis que decirme—y la cargaron de piedras.» Pedro de Vaux-Cernai termina el relato de estos horrores, diciendo: «Extrema fué la alegría con que nuestros peregrinos carbonizaron todavía un buen número de herejes.» En Casse, cerca de Castelnaudary, «había muchos herejes perfectos. Los obispos, al entrar en el castillo, quisieron predicarles y arrancarlos al error. No pudieron convertir uno solo y se retiraron. Los peregrinos quemaron setenta de estos infieles, con grandes muestras de alegría.» La turba de los cruzados es convencida y desinteresada;

(1) Si la célebre frase: «Matadles á todos, Dios sabrá reconocer á los suyos,» atribuida por un monje cisterciense al legado Arnaldo Amalric, fué, como tantas frases históricas, construida después del acontecimiento, los cruzados se condujeron exactamente como si hubiera sido pronunciada.

para expiar sus pecados y defender la fe hace con entusiasmo el viaje al Langüedoc, muchísimo más fácil y menos peligroso que el de Jerusalén. La ocasión de una cruzada interior es de las que no pueden menospreciarse. Al canto del *Veni, creator Spiritus*, los herejes son atacados y demolidos sus castillos. ¿Cómo no habían de creer los cruzados que Dios estaba con ellos? En todas partes se verifican milagros.

El cuerpo del mártir Pedro de Castelnau, en el momento de su traslación, se halla tan fresco y tan sano como si lo hubieran enterrado el día anterior y deja escapar un olor suavísimo. La multiplicación de los víveres tiene lugar á beneficio de los cruzados: sus cincuenta mil hombres comen del pan con abundancia en país donde no se muele harina. Un día, por indicación de Simón



Sello de Simón de Montfort

de Montfort, se dispone un poste para quemar herejes: un perfecto, sacerdote albigense, y uno de sus discípulos, hombre sencillo, que, aterrorizado, declaró abjurar de la herejía y quiso reconciliarse con la Iglesia romana. «Montfort decidió que se le quemara á pesar de todo, en virtud de su razonamiento capcioso: si está sinceramente convertido, expiará sus pecados en la llama, que todo lo purifica; si no ha sido sincero, su suplicio será un justo castigo á su perfidia. Se dispone el fuego: el «perfecto» es carbonizado en un momento; el pobre hombre que había abjurado siente sus lazos rotos y sale de la hoguera con una sencilla sombra de quemadura en la punta de los dedos.» Los cruzados reciben disparos en la mitad del pecho sin quedar heridos. Cuando un tropel de ellos se instala en algún sitio para bloquear una villa ó un castillo, las fuentes, antes escasas, se dan á correr con abundancia. Parten ellos, y el agua recobra su medida ordinaria. Otras veces son cruces luminosas apareciendo á los católicos sobre los muros recientemente blanqueados de una iglesia de Tolosa; una columna de fuego arde y descende sobre los cadáveres de los cruzados muertos en emboscada; se encuentran después todos sus cuerpos tendidos sobre la espalda y con los brazos abiertos en forma de cruz. ¿Cómo no había de creer Pedro de Vaux-Cernai en el fuego maravilloso de que nos habla? El legado del papa y el obispo de Tolosa, testigos oculares, han dado delante de él su garantía.

Entre estos cruzados, muchos, una vez cumplido el

voto y transcurridos los cuarenta días de *hueste*, regresan poco más ó menos tan ricos como al partir. Pero los hay que permanecen con la esperanza de hacer fortuna y establecerse. Para éstos, y sobre todo para los directores de la empresa, la cruzada conduce á la conquista, á la toma de posesión de las tierras y al usufructo de las dignidades feudales arrebatadas á los herejes. Al predicar la guerra santa, el trovador Folquet de Marsella se había hecho ya con el obispado de Tolosa. El legado del papa, Arnaldo Amalric, se hace investir con el arzobispado de Narbona y defiende con aspereza su poder temporal y el título de duque que se disputaba con su compañero de armas Simón de Montfort. Llegá á excomulgarlo.

Los más dichosos entre los invasores fueron los pequeños señores de Montfort-l'Amauri, á quienes su talento de hombres de guerra y de política colocó bien pronto en primera fila. Muy poco después de la toma de Beziers y de Carcasona (septiembre de 1209), el legítimo propietario de esta villa, vizconde Raimundo Roger, encerrado en prisión, desapareció «no se sabe cómo.» El primer cuidado de los católicos victoriosos fué atribuir este feudo á uno de ellos. El duque de Borgoña lo rechazó. El conde de Nevers y el de Saint-Pol se resistieron igualmente á aceptarlo. «No había quien no creyera deshonrarse aceptando aquellas tierras,» dice la *Chanson* citada. Simón de Montfort, después de haberse hecho rogar, se resignó al deshonra: se convirtió en vizconde de Beziers y Carcasona, esperando mejor fortuna. La cruzada tenía desde entonces su jefe laico. Simón, de un vigor de cuerpo y de espíritu sin igual, se presenta en todas partes á la vez, poniendo á contribución su persona como el último de los soldados, y mostrándose á la vez diplomático lleno de recursos y organizador muy duro, pero muy inteligente, de los países sometidos.

Mientras tanto, el conde de Tolosa, no atreviéndose á romper con el papa y los católicos, ni á ponerse decididamente á la cabeza de las tropas albigenses, permanecía inactivo. Simón se aprovecha de esto para arrebatarse villas y plazas con una rapidez aterradora: en 1209 Limoux, Montréal, Fanjeaux, Castres, Carcasona (de la que hace residencia habitual), Mirepoix, Saverdun, Lombez, Albi; en 1210, los castillos de Minerve y de Termes, y en 1211 los de Cabaret y Lavaur. Llegá á intentar un ataque contra Tolosa. Entonces Raimundo VI demuestra un poco de energía. Se dirige á Carcasona con el vizconde de Foix. Pero Simón se encuentra con este último en Castelnaudary y obtiene una victoria completa. Las consecuencias fueron graves. El Agenais, después de la rendición del castillo de Pennes, se ve invadido. Moissac, Castelsarrasin, Muret, Verdún, y Saint-Gaudens abren sus puertas á los cruzados. Raimundo VI no conservaba más que Tolosa y Montaubán (1212).

En este momento interviene, para salvar al conde de Tolosa y la independencia del Langüedoc, el rey de Aragón Pedro II. Las dos vertientes del Pirineo no eran entonces más que una sola patria. Langüedoc, Cataluña y Aragón tenían el mismo gusto por la poesía y la misma lengua literaria. Por las cumbres del Pirineo se establecía un cambio activo y continuo de trovadores y caballeros, de ideas, canciones y mercancías. Los seño-

rios de la España del Norte y de la Francia del Mediodía estaban estrechamente ligados por los encajes de los feudos, los tratados políticos y los matrimonios. Aragón sintió, par lo tanto, en lo más vivo el insulto hecho á la nobleza del Langüedoc.

A Pedro II le inquietaba el súbito engrandecimiento de Simón de Montfort, y como pretendía, por su parte, dominar en el Mediodía, estaba interesado en proteger á su cuñado Raimundo VI. Pero antes de proteger abiertamente al conde de Tolosa, se esfuerza en contener la cruzada, reconciliando á los adversarios. Inocencio III, aterrizado por las exigencias de Montfort, cansado de ceder á las pretensiones de los jefes cruzados, y pesoso de la sangre derramada, aprobó esta política.

El papa ordena á Simón de Montfort que cumpla con el soberano español los deberes feudales á que venía obligado como vizconde de Beziers; le hace saber que el propio soberano se queja de los pillajes llevados á cabo por los ejércitos católicos en tierras de sus vasallos, los condes de Foix, Cominges y Bearne, exhortándole á repararlos, añadiendo que ruega al vencedor del Langüedoc que deje su presa y se una á la cruzada contra los moros españoles (1). Visiblemente Inocencio III opina que se ha ido demasiado lejos en el camino á que por su propio consejo se habían lanzado el feudalismo y la Iglesia. Pero era demasiado tarde para la reacción. La bula del 1.º de junio de 1218, exigida sin duda por el partido intransigente, revocó todo lo que el propio papa había otorgado en favor del rey de Aragón y del vizconde de Langüedoc Raimundo VI. Pedro II había intentado también obrar directamente sobre los obispos del Mediodía reunidos en el concilio de Lavaur. Presentóse á ellos y les rogó que devolvieran tierras y castillos á los condes de Tolosa, de Foix y de Cominges: luego les dirigió un memorial en el que hacía la apología de los señores despojados, exponía sus injurias y pedía reparación completa. Los obispos se negaron á absolver á Raimundo VI y rechazaron todas las reclamaciones del rey de Aragón. Y no habiéndose obtenido cosa mayor con una tentativa cerca de Felipe Augusto, Pedro se declaró abiertamente por los albigenses y se resignó á la guerra.

Simón de Montfort, después de haber tomado uno después de otro todos los pequeños castillos que rodeaban á Tolosa, se preparaba para el cerco de la villa: Pedro II con el conde de Tolosa, el conde de Foix, dos mil caballeros y cuarenta mil soldados de servicio (sargentos) se presentó para sitiar Muret (septiembre de 1213), y Montfort salió para defenderlo. «Al pasar por delante de la iglesia del castillo, el jefe de los cruzados ve al obispo de Uzés que decía su misa; entra, é interrumpiendo el sacrificio, se arrodilla con las manos cruzadas y dice en voz alta: «¡Señor!, os ofrezco y entrego mi alma y mi corazón.» No tenía con él sino unos mil jinetes entre caballeros y sirvientes. Folquet, obispo de Tolosa, se adelanta, con la mitra en la cabeza, revestido de los ornamentos sacerdotales y llevando una varacruz en la mano. Al instante echan todos pie á tierra y veneran la reliquia. El obispo de Cominges, temiendo que lo largo de la ceremonia entibiara el ardor de los cruzados, toma esta reliquia de las manos del obis-

(1) Cartas del 15 y del 17 de enero de 1213.

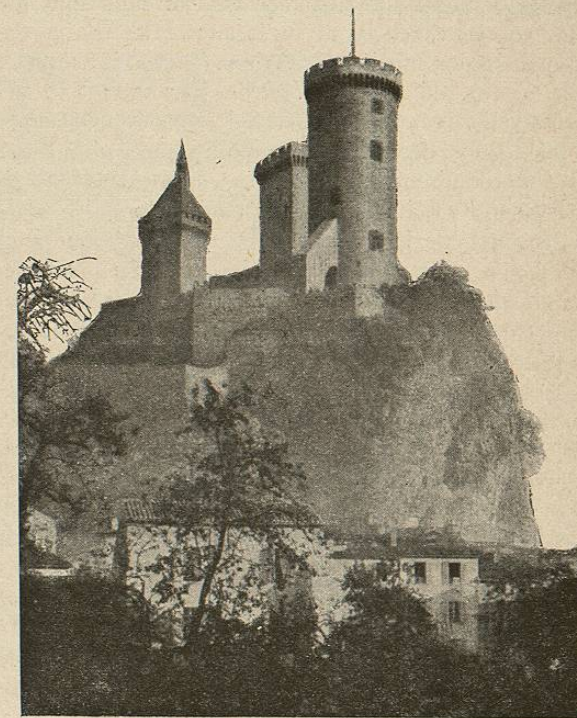
po de Tolosa, y ascendiendo á una altura, bendice á todo el ejército, exclamando: «¡Id en nombre de Jesucristo! Os serviré de testigo y os seré caución en el día del juicio: porque todos los que mueran en este glorioso combate obtendrán la eterna recompensa de los mártires sin atravesar el purgatorio.» El combate se dió en la baja y pantanosa llanura de Pesquies, al pie de las fortificaciones de Muret (12 de septiembre). Raimundo VI habría querido que se aguardara en pie, sobre el campo, el ataque de los cruzados. El rey de Aragón, que no se avenía del todo con su aliado, rechazó desdeñosamente esta opinión. «El choque fué tan violento, dice Guillermo de Puylaurens, que el ruido de las armas parecía el que hace un tropel de leñadores cuando tratan de abatir á grandes hachazos los árboles de un bosque.» Habiendo atacado vivamente la vanguardia de los cruzados á la de los aliados, que se replegó sobre sus alas, el grueso del ejército donde se encontraba el monarca de Aragón se vió al descubierto, y dos caballeros que habían jurado su muerte acabaron por lograrla. Combatió valientemente, pero fué muerto con todos los que le rodeaban. Simón de Montfort, á la cabeza de la retaguardia, se arroja entonces con su acostumbrada furia, sobre el ejército albigense, ya desamparado; lo toma por los flancos y lo pone en derrota, mientras huían el conde de Tolosa, el de Cominges y el de Foix. Los burgueses de Tolosa y los sirvientes á pie intentan en vano apoderarse del castillo de Muret: rechazados, se precipitan sobre las barcas que les habían conducido, pero la mayor parte se ahogan y los otros son descuartizados ó prendidos.

Según la *Chanson de la Croissade*, los coligados resistieron apenas. Pedro gritó: «¡yo soy el rey!» pero no lo tuvieron en cuenta, y con tanta dureza y crueldad fué herido, que la sangre corrió hasta el suelo. Entonces cayó muerto y extendido. Los demás, á esta vista, se creen vendidos; unos huyen por aquí, otros por allí; no se defiende uno solo, y los franceses, corriendo á su alcance, les hacen pedazos. La carnicería duró hasta Revel.» El hijo del vencido, el rey Jaime I de Aragón, habla también en su *Crónica* «de los que se dieron cobardemente á huir.» Pero nos hace saber que el ejército real no supo colocarse en orden de batalla; que las operaciones carecieron de una hábil dirección y que su padre, agotado por los excesos de la noche precedente, no podía tenerse en pie.

Ha terminado la independencia del Langüedoc. Simón continúa metódicamente su conquista. En 1214 arrebató Marmande y Casseneuil, se instala en el Querci y en Rouergue y llega á invadir al mismo Périgord. Después se apodera de Montaubán y entra en Tolosa y en Narbona (1215). Los obispos y los abades langüedocianos le abren por sí mismos sus palacios y sus villas. Simón les atraía á su causa haciéndoles merced de tierras y castillos. El abad de Moissac, Raimundo, reconoce en acta de 1212 «que Dios ha atribuido con justicia á Simón de Montfort los dominios del conde Raimundo VI.» El conquistador partió con dicho aliado las posesiones condales de Moissac.

Poco á poco los burgueses del Mediodía se fueron resignando al cambio de señor, cuando vieron que Simón no era simplemente un guerrero. En asamblea convocada por él en Pamiers, en noviembre de 1212, había

comenzado la reorganización del país. Cuatro eclesiásticos, cuatro nobles franceses, dos caballeros y dos burgueses indígenas fueron comisionados para dictar un código de «buenas costumbres» aplicables al nuevo Estado. Los «Estatutos de Pamiers» consolidaban la conquista y sometían el Langüedoc á un dominio á la vez militar y teocrático: el servicio de «hueste» y los impuestos aparecen precisados minuciosamente, y la supremacía de la Iglesia queda determinada por el número y la importancia de las exenciones y privilegios otorgados al clero. El pueblo langüedociano, mejor protegido contra



Castillo de Foix

los grandes, á partir de los Estatutos, y menos tiranizado en detalle, aceptó la nueva dominación. Disminuyó la anarquía feudal que los condes de Tolosa no habían sabido reprimir.

Simón de Montfort debía su victoria á sus esfuerzos propios, pero también á la mediocridad de su adversario. Raimundo VI no manifestó ninguna firmeza y ninguna constancia en esta lucha de diez años. Su conducta fué un agregado incoherente de actos de resistencia abierta, de oposición sorda, ó de torpe sumisión á las órdenes de los legados de Roma. Debíó organizar desde los comienzos francamente la resistencia de la nacionalidad del Mediodía contra el extranjero, agrupando á su alrededor la nobleza herética y la que protegía á los herejes. Pero era necesario romper con la Iglesia, y á eso no se atrevió ó no quiso llegar nunca. Por lo demás, esta actitud le valió la protección de Inocencio III.

En este asunto la política del papa aparece obscura siempre. Dispuso voluntariamente la cruzada; aprobó durante el curso de la misma los actos de los legados y de Montfort, y fulmina en diversas ocasiones anatemas sobre el conde de Tolosa y sus adictos. Acepta su parte en los beneficios de la empresa. En septiembre de 1209 cuando Simón de Montfort es elegido vizconde de Beziers y Carcasona, por los cruzados, impuso á sus